

tes é inquietos á apartarnos de ella : todas las pasiones la opusieron nuevos obstáculos : todo se nos presentaba bajo unas imágenes lúgubres y nuevas ; y lo que al principio nos habia parecido tan agradable, mirado mas de cerca nos parece un objeto espantoso, un camino áspero é inaccesible á la flaqueza humana. *Ad modicum exultare in luce ejus.*

18. ¿Dónde están las almas, que como los Magos, despues de haber conocido la verdad, no quieren ver mas que á ella, que no tienen ojos para el mundo, para el vacío de sus placeres y para la vanidad de sus pompas y de sus espectáculos ; que no hallan alegría sino cuando están ocupados en la verdad ; que en la verdad hallan el alivio de sus penas, el estímulo contra su pereza, el socorro en sus tentaciones, y las mas castas delicias de su alma ? Y á la verdad, ¡oh Dios mio! el mundo, sus deleites, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocido, y que ha conocido la verdad de vuestras eternas promesas : á una alma que conoce que todo lo que no es Vos no es digno de ella, y que mira á la tierra como patria de los que deben perecer eternamente. Nada puede consolarla sino lo que la manifiesta los bienes verdaderos. Nada la parece digno de su atencion sino lo que ha de durar eternamente. Nada puede agradarla sino lo que siempre ha de agradar. Con nada es capaz de unirse sino con lo que nunca ha de perder, y todos los falsos objetos de la vanidad no son para ella mas que, ó estorbo de su piedad, ó tristes monumentos que la acuerdan la memoria de sus delitos. *Videntes stellam, etc.*

19. Esta es la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría. Veamos ahora en la conducta de los sacerdotes la verdad disimulada ; y despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

Segunda parte : Verdad disimulada.

20. La primera obligacion que nos impone la ley de la caridad para con nuestros hermanos es la obligacion de la verdad. No somos deudores á todos los hombres de los cuidados, de los deseos de servirlos, de las fatigas ; pero á todos somos deudores de la verdad. Los diferentes estados que el nacimiento y las dignidades nos dan en el mundo, diferencian nuestras obligaciones respecto de nuestros hermanos ; pero la obligacion de la verdad en todos los

estados es la misma. Somos deudores de ella, tanto á los grandes, como á los pequeños ; tanto á nuestros criados, como á nuestros amos ; tanto á los que la aman, como á los que la aborrecen ; á los que quieren valerse de ella contra nosotros, como á los que quieren aprovecharse de ella. Hay algunas ocasiones en que la prudencia permite ocultar y disimular el amor que tenemos á nuestros hermanos, pero ninguna hay en que sea lícito disimular la verdad. En una palabra, la verdad no es nuestra ; nosotros no somos mas que sus testigos, sus defensores y sus depositarios. Es la luz de Dios infusa en el hombre, que debe ilustrar á todo el mundo ; y cuando la disimulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos al Padre de las luces, que la ha derramado en nuestra alma.

21. Con todo eso el mundo está lleno de disimuladores de la verdad ; parece que no vivimos mas que para engañarnos unos á otros ; y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es mas que un comercio de ficcion, de engaño y de artificio. En la conducta de los sacerdotes de nuestro Evangelio vemos los diversos géneros de disimulo con que todos los dias se hacen los hombres culpables para con la verdad : hallamos en ellos un disimulo de silencio ; un disimulo de condescendencia, y un disimulo de ficcion y mentira.

22. *Disimulo de silencio.* Consultados por Herodes acerca del lugar en que debia nacer Jesucristo, es verdad que responden que Belen era el lugar señalado por los Profetas, en donde se habia de efectuar este gran suceso : *At illi dixerunt in Bethlehem Juda*¹. Pero no añaden, que habiéndose ya por último manifestado la estrella anunciada en los Libros santos, y viniendo los reyes de Sabá y de Arabia con presentes á adorar al nuevo jefe que habia de regir el pueblo de Israel, no habia ya duda en que las nubes hubieran parido al justo : no juntan los pueblos para anunciarles esta feliz nueva ; no corren los primeros á Belen para animar á Jerusalem con su ejemplo ; encerrados dentro de su culpable temor, guardan un profundo silencio, retienen la verdad en la injusticia ; y cuando los extranjeros vienen de las extremidades del Oriente á publicar en Jerusalem que ha nacido el Rey de los judíos, los sacerdotes y los doctores callan, y sacrifican á la ambicion de Herodes los intereses de la verdad, la mas amada esperanza de la nacion, y el honor de su ministerio.

¹ Matth. II, 5.

23. ¡Qué vileza para unos ministros de la verdad! El favor del príncipe les mueve mas que el sagrado depósito de la Religion de que están encargados. El resplandor del trono apaga en su corazón la luz del cielo; lisonjean con un infame silencio á un rey que los consulta, y que solo de ellos podia saber la verdad; le confirman en el error, ocultándole lo que hubiera podido desengañarle. Pues ¿cómo podrá llegar la verdad á los soberanos, si los mismos unguidos del Señor, que rodean el trono, no se atreven á anunciarla, y se unen á los que habitan en las cortes para ocultarla y callar?

24. Pero esta obligacion, católicos, os es comun con nosotros en algun modo, y con todo eso hay en el mundo pocas personas, aun de aquellas que viven en la piedad, que no sean culpables todos los dias de este disimulo de silencio para con sus hermanos. Les parece á algunos haber cumplido con cuanto deben á la verdad, con solo no declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud, defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar ó combatir las del Evangelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse juzgar; óyenos, vuelvo á decir, y aunque no suscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentándose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones.

25. Digo, pues, que tocándonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla cuando abiertamente la impugnan en nuestra presencia es hacernos sus perseguidores y contrarios; y añado que aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado faltan entonces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporcion de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitud; no agradeceis suficientemente, vosotros en particular los que habeis recibido estos dones, el beneficio de la gracia y de la verdad con que os ha favorecido en medio de vuestras insensatas pasiones, con que ha disipado vuestras tinieblas, y os ha llamado á sí, cuando seguíais las sendas falsas é injustas; sin duda que derramando de este modo la luz en vuestro corazón, no atendió solamente á vosotros; ha querido que vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros súbditos, vuestros amos hallen en vosotros, ó su instruccion, ó su censura; ha querido favorecer vuestro siglo, vuestra nacion, vuestra patria, favoreciéndoos á vosotros, porque el Señor forma á los escogidos, ó para la salud, ó para la condenacion de los pecadores; su fin ha sido poner en vosotros una luz que pueda alum-

brar en medio de las tinieblas, que perpetuase la verdad entre los hombres, y que diese testimonio de la justicia y sabiduría de su ley en medio de las preocupaciones y vanos pensamientos de un mundo profano.

26. No oponiendo, pues, mas que un débil y tímido silencio á las máximas que impugnan á la verdad, no cumplís con los fines de las misericordias de Dios para con vuestros hermanos; inutilizais para su gloria y para la extension de su reino el talento de la verdad que os habia entregado, y del que particularmente os pedirá una estrecha cuenta. Hablo principalmente con vosotros, los que en otro tiempo defendísteis con tanto ardor los errores y las máximas profanas del mundo; que fuísteis sus apologistas intrépidos y declarados: el Señor tenia derecho para pedir os que os declaráseis con el mismo valor por la verdad; con todo eso, no ha conseguido su gracia mas que el hacer de un celoso partidario del mundo, un discípulo tímido del Evangelio; aquellas demostraciones de confianza y de intrepidez con que en otro tiempo hacíais la apología de las pasiones, os han abandonado desde que defendísteis los intereses de la virtud; aquella audacia que en otro tiempo hacia callar á la verdad, calla hoy á vista del error; y la verdad que hace intrépidos y valientes, dice san Agustin, á los que la tienen de su parte, os ha hecho flacos y cobardes.

27. Bien sé que hay tiempo de hablar y tiempo de callar, y que el celo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios y que le sirven, oyesen continuamente trastornar las máximas de la Religion, herir la reputacion de sus hermanos, justificar los infames abusos del mundo, sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tuviera sus apasionados declarados, y que Jesucristo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los justos se formasen una falsa cortesía para disimular los desórdenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, cuando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que un alma fiel conociese que solo se debe tener respeto á la verdad, y que no está en la tierra mas que para glorificar á la verdad; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia, el candor heróico que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria, la libertad generosa y cristiana que no considera mas que los bienes eternos, que no espera mas que á Dios, que nada teme sino á su propia conciencia, que

no condesciende sino con los intereses de la justicia y de la caridad, y que solo intenta agradar con la verdad; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que estos respetasen al carácter de la verdad, que deben llevar grabado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo menos honrasen con su silencio y con su confusion á la virtud que ocultamente desprecian. Los israelitas entregados á sus danzas, á sus regocijos profanos y á sus clamores impíos é insensatos al rededor del becerro de oro, se suspenden, y guardan un profundo silencio al presentarse Moisés, que baja del monte, armado solamente con la ley del Señor y con su verdad eterna. Este es el disimulo de silencio.

28. *El segundo modo de disimular la verdad es el suavizarla con mitigaciones y condescendencias que la ofenden.* Los Magos no podian sin duda ignorar que no podia ser agradable á Herodes la nueva que venian á anunciar á Jerusalem: este extranjero por sus artificios habia llegado á sentarse sobre el trono de David, pero no gozaba tan pacíficamente del fruto de su usurpacion, que no estuviese continuamente temiendo que no viniese algun heredero de la sangre de los reyes de Judá á arrojarle de la herencia de sus padres y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Con qué gusto, pues, podia mirar á unos hombres que venian á declarar en medio de Jerusalem que habia nacido el Rey de los judíos y á declararlo á un pueblo tan celoso de la sangre de David y tan impaciente con todo dominio extranjero? No obstante, los Magos nada ocultan de cuanto vieron en Oriente, ni templan este gran suceso con expresiones menos propias para despertar los celos de Herodes; podian llamar al Mesías que buscaban el enviado del cielo ó el deseado de las naciones; podian distinguirlo con títulos menos odiosos á la ambicion de Herodes; pero llenos de la verdad que se les manifestó, no conocen estas tímidas evasiones; estaban persuadidos á que los que no quieren recibir la verdad sino con el favor de sus errores, no son dignos de conocerla; no saben cubrirla con respetos y disfraces indignos de ella, y preguntan sin rodeos: ¿dónde está el nuevo Rey de los judíos? y no contentos con mirarle como dueño de la Judea, declaran que aun el cielo le pertenece, que son suyos los astros, y que solo se manifiestan en el firmamento para ejecutar sus órdenes: *Vidimus enim*, etc.

29. Al contrario los sacerdotes y doctores, obligados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con ex-

presiones disfrazadas; procuran unir el respeto que deben á la verdad con la condescendencia que quieren conservar con Herodes; suprimen el título de rey que acaban los Magos de dar al Mesías y que tantas veces le habian dado los Profetas; se le demuestran por una cualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina ó de poder; le anuncian mas como legislador establecido para arreglar las costumbres que como soberano suscitado para librar á su pueblo de la esclavitud: *Ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel*¹. Y aunque ellos mismos esperaban un Mesías rey y conquistador, suavizan la verdad que quieren anunciar, y acaban de cegar á Herodes, á quien lisonjean.

30. ¡Deplorable suerte de los grandes! Los labios de los sacerdotes se debilitan cuando les hablan; luego que se manifiestan sus pasiones, se les trata con cautela; la verdad nunca se les presenta sino con dos caras, de las cuales la una es siempre favorable; no quieren los sacerdotes hacer traicion á cara descubierta á su ministerio y á los intereses de la verdad; pero quieren conciliarlos con sus propios intereses; intentan salvar la regla y sus pasiones, como si pudieran subsistir las pasiones con la regla que las condena; rara vez sucede que los grandes se instruyan, porque rara vez sucede que al tiempo de instruirlos no se intente agradarles; con todo eso, los mas amarian la verdad si la conocieran; las pasiones y los excesos de la edad, favorecidos de los deleites que los cercan, pueden detenerlos; pero el fondo de religion que tienen les hace que respeten siempre á la verdad; puede decirse que la ignorancia condena mas príncipes y grandes que personas de mas baja esfera; y que la vil condescendencia que con ellos se usa, deshonor mas el ministerio y ocasiona mas oprobios á la Religion, que los mayores escándalos que alligen la Iglesia.

31. La conducta de estos sacerdotes os parecerá indigna, católicos; pero si quereis juzgaros á vosotros mismos y examinar menudamente vuestras obligaciones, vuestras conexiones y vuestras conversaciones, veréis que todos vuestros discursos y todos vuestros pasos no son mas que mitigaciones de la verdad y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes teneis que vivir; nunca les manifestamos la verdad, sino por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aun en sus mas deplorables vicios; y como todas las pasio-

¹ Matth. II, 6.

nes se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza.

32. Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria y del deseo de conseguirla, como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes: lisonjamos su soberbia; encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisonjeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginacion, representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente: acaso alguna vez nos compadecemos en general de los hombres que tanto se agitan por unas cosas que distribuye la casualidad y que mañana nos quitará la muerte; pero no nos atrevemos á reprender al insensato que sacrifica á este humo su sosiego, su vida y su conciencia: en presencia de un vengativo, justificamos su sentimiento y su cólera; le minoramos su delito, autorizando la justicia de sus quejas; lisonjamos su pasion, exagerando la maldad de su enemigo: solemos atrevernos á decir que es preciso perdonar; pero no nos atrevemos á añadir que el primer grado del perdon es no hablar de la injuria recibida.

33. En presencia de un cortesano malcontento con su fortuna y envidioso de la de otros, le manifestamos sus concurrentes bajo aquel aspecto que les es menos favorable; ocultamos con destreza su mérito y su gloria, para que no se ofenda la vista del que nos escucha; minoramos y oscurecemos el resplandor de sus talentos y servicios, y con nuestras injustas condescendencias agriamos la pasion, le ayudamos á cegarse y á mirar todos los honores que se distribuyen á sus prójimos como usurpaciones hechas á él. Pues en la presencia de un pródigo, sus profusiones no son en nuestra boca mas que una señal de generosidad y magnificencia. En la presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son mas que una sábia moderacion y una economía doméstica. En la presencia de un grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre en nosotros dispuestas las apologías: respétanse sus pasiones como su autoridad, y sus preocupaciones se hacen nuestras. Finalmente, tomamos los errores de todos aquellos con quienes vivimos; nos transformamos en ellos; nuestro mayor estudio consiste en conocer sus flaquezas, para apropiárnoslas; no tenemos idioma propio; hablamos siempre el lenguaje de los otros; nuestros discursos no son mas que una repetición de sus preocupaciones: y á este indigno abatimiento de la verdad llamamos ciencia del mundo y prudencia que sabe gobernarse, y el grande arte de conseguir y agradar:

*¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo amaréis la vanidad y la mentira!*¹

34. De este modo, católicos, perpetuamos el error entre los hombres, autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reino del mundo y su doctrina contra el de Jesucristo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad. De las obligaciones y cortesías de la vida civil, establecidas para animarnos á la virtud, formamos lazos y ocasiones inevitables de ruina: mudamos la amistad, que debiera ser el remedio de nuestros errores y desórdenes, en un comercio de disfraz y seducción: en una palabra, haciendo de este modo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridícula; y cuando digo hacemos, hablo principalmente con aquellas almas entregadas á Dios y que están encargadas en la tierra de los intereses de la verdad. Quisiera, católicos, que las almas fieles usasen en el mundo de distinto lenguaje; que se hallasen en ellas otras máximas, otros pensamientos distintos de los de los demás hombres, y que mientras todos hablan el idioma de las pasiones, ellas solas hablasen el de la verdad: quisiera que ya que el mundo tiene sus *Balaames*, que con sus discursos y consejos autorizan el desorden y la libertad, tuviese tambien la piedad sus *Finees*, que abiertamente se declarasen por los intereses de la ley de Dios y de la santidad de sus máximas; que ya que el mundo tiene sus impíos y sus falsos sábios, que se glorian de publicar que se debe gozar de lo presente y que el fin del hombre no es distinto del de las bestias, la piedad tuviese sus Salomones, que desengañados con su propia experiencia, se atreviesen á publicar altamente que fuera del temor del Señor y la obediencia á sus preceptos, todo lo demás es vanidad; que ya que el mundo tiene sus encantadores que engañan á los pueblos y á los reyes con sus adulaciones y prestigios, tuviese la piedad sus Moisés y Aarones, que tuviesen valor para confundir con la fuerza de la verdad sus artificios é imposturas: en una palabra, que ya que el mundo tiene sus sacerdotes y doctores que debilitan la verdad, como los del presente Evangelio, tuviese la piedad sus Magos, que no temiesen el anunciarla aun delante de aquellos á quienes no puede menos de desagradar.

35. No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las preocupaciones de

¹ Psalm. iv. 3.

los hombres, solamente por atraerlos con mas seguridad á la regla y á la obligacion: bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y temerarios; que las pasiones de los hombres piden ciertas condescendencias y respetos; que son enfermos á quienes muchas veces es preciso disfrazar y suavizar los remedios, y casi siempre curarlos sin que lo conozcan: bien sé que todos los rodeos que no se dirigen mas que á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla mas segura del celo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta cuando se la debilita con condescendencias indignas y lisonjeras; se quiere agradar; no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad, y queremos granjearnos los votos que solo á esta se deben; ni basta el responder que los justos que se precian de no poder hacer traicion á la verdad, tienen por lo comun mas austeridad y ostentacion que caridad. El mundo siempre falso, cuyos comercios y conexiones caminan siempre sobre el disimulo y artificio, que funda en esto su honor y su ciencia, y que no conoce esta noble rectitud, no puede suponerla en los demás; su profunda corrupcion es quien le hace sospechosa la sinceridad y el valor de los justos; su proceder le parece temerario, porque para él es nuevo; y como advierte en él algo de extraordinario, mas quiere persuadirse á que es soberbia ó extravagancia que virtud.

36. Y de aquí proviene el que no solo se disfraza la verdad, sino que públicamente se la hace traicion. El último disimulo de los sacerdotes de nuestro Evangelio es un disimulo de mentira: no se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disfrazados, sino que viendo que los Magos no volvian á Jerusalem, como lo habian prometido; añaden, sin duda por sosegar á Herodes, que avergonzados de no haber hallado al nuevo Rey que buscaban, no se han atrevido á parecer; que son unos extranjeros poco versados en la ciencia de la ley y de los Profetas; y que la luz del cielo, á quien decian seguir, no era mas que una ilusion vulgar y una preocupacion supersticiosa de una nacion bárbara y crédula; y á la verdad era preciso que ellos hablasen á Herodes de este modo, pues su modo de proceder fue consiguiente, y no van á Belen á buscar al nuevo Rey recién nacido, como para acabar de persuadir con esto á Herodes, que en la pesquisa supersticiosa de estos Magos habia mas de credulidad que de verdad.

37. Y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres y de querer agra-

darles á costa de la verdad; por último, la abandonamos á las claras; la sacrificamos con cobardía y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna y á nuestra gloria; hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion y á nuestras luces; por eso, luego que la verdad nos incomoda, nos expone, nos daña, ó nos hace molestos, la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion y á la injusticia: negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discípulos; de este modo nos formamos un corazon cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira útil; un corazon lleno de doblez y artificio, que toma todas las figuras, sin tener jamás ninguna fija; un corazon flaco y lisonjero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inútil y desgraciada; un corazon corrompido é interesado, que hace servir á sus fines la Religion, la verdad, la justicia y cuanto hay de mas sagrado entre los hombres: en una palabra, un corazon capaz de todo, menos de ser verdadero, generoso y sincero. Y no os parezca que son raros en el mundo los pecadores de este carácter; en estos defectos solo huimos la publicidad y la vergüenza; las maldades seguras y ocultas hallan pocos corazones escrupulosos, y las mas veces no amamos en la verdad mas que la reputacion y la gloria.

38. Solamente debemos cuidar de que cuando intentemos defender los intereses de la verdad, no defendamos las ilusiones de nuestro propio espíritu. La soberbia, la ignorancia, la porfia dan todos los dias al error unos defensores tan intrépidos y obstinados, como aquellos de que se gloria la fe. La sola verdad digna de nuestro celo y de nuestro valor es la que nos manifiesta la Iglesia: solo por ella es por quien debemos sufrirlo todo: sin ella no somos mas que los mártires de nuestra obstinacion y de nuestra vanidad.

39. ¡Oh Dios mio! derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo, y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra; haced que yo no viva mas que para glorificar vuestras verdades eternas, para honrarlas con la santidad de mis costumbres, para defenderlas por solo el celo de vuestros intereses, y para oponerlas continuamente al error y á la vanidad. Destruid en mi corazon estos temores humanos, esta prudencia de la carne, que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que yo sea una débil caña, fácil de mover á todos los vientos, ni que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad como el mas honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y

como la mas gloriosa señal de vuestras misericordias para con mi alma : *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque* ¹. Á la verdad, católicos, no basta el ser su testigo y depositario, es necesario tambien ser su defensor : carácter opuesto al de Herodes que hoy es su enemigo y perseguidor. Última instrucción que nos da nuestro Evangelio : *La verdad perseguida*.

Tercera parte: Verdad perseguida.

40. Si es delito el resistir á la verdad cuando ella nos ilustra, el retenerla injustamente cuando somos deudores de ella á los demás, es lo último de la iniquidad ; y el combatirla y perseguirla es la mas segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa mas comun que esta persecucion de la verdad, y el impío Herodes, que hoy se declara contra ella, tiene mas secuaces de lo que parece.

41. Porque primeramente, la persigue con el público desvío que manifiesta de la verdad, llevando tras de sí á toda Jerusalem con su ejemplo : *Turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo* ². Que es lo que llamo *persecucion de escándalo*. En segundo lugar, la persigue procurando corromper á los sacerdotes y aun poniendo emboscadas á la piedad de los Magos : *Clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis* ³, y á esto llamo *persecucion de seducción*. Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente : *Et mittens occidit omnes pueros* ⁴, y á esto llamo *persecucion de fuerza y de violencia*. Si la brevedad de un discurso me permitiera, católicos, el examinar estos tres géneros de persecuciones de la verdad, acaso no habria ninguno en que no os halláseis culpables.

42. Porque primeramente ; ¿quién puede preciarse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escándalos ? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa y del libertinaje, sin tener casi respeto alguno al público : los escándalos mas ruidosos no son siempre los mas terribles ; y el desórden manifiesto cuando llega á cierto punto, las mas veces nos adquiere mas censores de nuestra conducta que imitadores de nuestros excesos. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprochable á los ojos del mundo, sino que tambien se granjea la estimacion y alabanza

¹ Psalm. cxviii, 43. — ² Matth. ii, 3. — ³ Matth. ii, 7.

⁴ Matth. ii, 16.

de los hombres : y digo que estos persiguen á la verdad con solo su ejemplo , que aniquilan , en cuanto está de su parte , en todos los corazones las máximas del Evangelio y las reglas de la verdad ; que gritan á todos los hombres , que el huir de los deleites es una precaucion inútil ; que el amor del mundo y el de la virtud no son incompatibles ; que el gusto de los espectáculos , del bien parecer , de las diversiones públicas , es un gusto inocente , y que se puede vivir bien , viviendo como lo restante del mundo : esta regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad , y tanto mas peligrosa , cuanto está mas autorizada ; nada tiene de odioso , y nadie se guarda de ella ; acomete á la verdad sin violencia y sin efusion de sangre , bajo la imágen de paz y de sociedad ; y hace que sean mas los desertores de la verdad , que hicieron en otro tiempo los tiranos y suplicios.

43. Hablo tambien de aquellos justos que no cumplen enteramente con las obligaciones de la piedad , y que conservan aun reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo y de sus máximas : y digo que persiguen á la verdad , con estas tristes reliquias de infidelidad y flaqueza , que hacen que los impíos y pecadores la blasfemen ; que autorizan los discursos insensatos del mundo contra la piedad de los siervos de Dios ; que disgustan de la virtud á las almas que se hallaban dispuestas para ella ; que confirman en el desórden á las que buscan pretextos para mantenerse en él : en una palabra , que hacen á la virtud , ó sospechosa ó ridícula. De este modo , como antiguamente se quejaba el Señor por su Profeta , el infiel Israel , esto es , el mundo , justifica aun todos los dias sus desórdenes , comparándolos con las infidelidades de Judá , esto es , con las flaquezas de los justos : *Justificavit animam suam aversatrix Israel, comparatione pravaricatricis Judæ* ¹. Es decir , que el mundo se cree seguro , cuando ve que las almas que hacen profesion de la piedad , le acompañan en sus placeres y vanidades ; que se mueven como los demás hombres , con la fortuna , con el favor , con las preferencias , con las injurias ; que desean sus fines , gustan aun de agrandar , buscan con ansia las distinciones y gracias , y aun alguna vez de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con mas seguridad. ¡Ah! entonces es cuando el mundo triunfa , asegurado con este paralelo. Entonces , advirtiéndole que la virtud de los justos se parece á sus vicios , permanece tranquilo en su estado ; y cree que seria cosa inútil el mudarse , pues se retienen las

¹ Jerem. iii, 11.